

Rafael Chaparro Madiedo

EL PÁJARO SPEED
Y SU BANDA DE CORAZONES MALEANTES

icono •

Contenido

Una mierdita muy triste	9
Raquel Welch no pasea por este parque	12
Tres tristes puticas que nunca pudieron volar	38
El Pájaro Speed no puede obtener satisfacción	41
La lluvia te llevará a Surfin Chapinero	85
Tu primavera cero sabe a gasolina	118
Tu sonrisa down brilla con rosas y pistolas	132
El corazón de vidrio y las nubes rotas	151
Tu sangre es prófuga, baby	166
Laberinto slow down	181
Las florecitas amarillas de tu sangre uff, uff, uff	200

Una mierdita muy triste

Siempre miras hacia el cielo y están ahí suspendidos estáticos inmóviles son los globitos rojos y negros que llevan suspendidos a los muertos por largas cuerdas que se envuelven a sus cuerpos yertos como muchos bracitos que tratan de darle su último abrazo su último abrazo para que no se mueran de frío mientras los vientos helados de las alturas les congelan las manos la mirada los traseritos triste triste triste los muertos siempre van vestidos de negro y en su mano llevan un ramito triste triste triste de claveles blancos que a veces se les cae de las manos y entonces las florecitas una a una se deslizan por la ola amarilla del día y mierda cuando caen lo que estalla en el pavimento húmedo es un esqueleto de clavel es un esquelético que se murió de soledad cerca de las nubes en una florecita que no supo comprender el idioma secreto de las aves triste triste triste los globos rojos y negros están por todas partes encima de los parques sobre las avenidas sobre los estadios cerca de las montañas triste triste triste en las mañanas más exactamente cerca de las seis de la mañana cuando la ciudad entera se halla sumida en sus malos sueños cuando apenas los árboles de los parques y de las avenidas están comenzando a fabricar su perfume triste triste triste que después

se diseminará por toda la ciudad los globitos de los muertos disminuyen su altura y entonces casi que los puedo tocar con las manos llegan casi hasta la copa de los árboles hasta los cables de la luz hasta los techos de las casas y de los edificios y se quedan suspendidos enredados en el absurdo tejido invisible y tedioso de la mañana y apenas son movidos por el airecito triste triste triste que lame la piel confusa de la ciudad a las seis de la mañana y entonces alcanzas a verles las caras a los muertos y lo que ves en sus miradas es agua muerta lo que ves es que tienen la manos llenas de hierba seca de tierra vieja y si aspiras ese aroma verás que huelen a antiguo pero no te puedes acercar mucho porque los gusanos siempre están allí carcomiendo sus jaulitas de carne carcomiendo sus cuerpos tristes tristes tristes más tarde a eso de las once de la mañana los globos rojos y negros toman de nuevo su altura normal y entonces si estás en un parque y miras hacia arriba ves el cielo sembrado de globos rojos y negros con muertos colgados que en sus manitas tienen flores muertas y te entran un down el malparido un down triste triste triste un down de saber que cerca del origen de la lluvia esos muertos te dicen adiós con las manos te dicen mándame una lluvia de whisky para soportar esta soledad tan triste triste triste todos los lunes que es el día más triste triste triste de esta ciudad en las primeras horas de la mañana cuando la luz débil del sol se empieza a instalar en todos los laberintos de las calles son soltados y elevados nuevos globos rojos y negros con personas que han muerto la víspera y entonces si miras hacia el lado del cementerio ves un grupo de globitos subiendo poco a poco mientras rompen la neblina espesa del amanecer triste triste triste ves a los globos instalándose en las alturas cerca de las nubes los ves con sus ramitos nuevos y alcanzas a ver que los claveles vibran con el viento de la mañanita alcanzas a percibir que todavía en los

labios de aquellos muertos hay dibujada una sonrisita triste triste triste que nunca más se reflejará en las nubes en la lluvia ni tampoco en el vuelo de las aves que todas las mañanas rayan el cielo y llenan las ramas de los árboles con su mierdecita triste triste triste y entonces vuelves a mirar hacia el cielo cierras los ojos y te tocas el corazón y compruebas que en verdad lo que late allí adentro como un perro herido es una mierdecita muy triste triste triste.

Raquel Welch no pasea por este parque

Eran las seis de la mañana. El sol vibraba en el fondo del cielo y las primeras aves del día pasaban y dejaban una estela de florecitas amarillas sobre el perfume oscuro de los árboles del parque. De pronto el sol, todo el sol, se concentró en el rostro de Adriana Mariposa. Era una visión casi religiosa. Sus ojos, sus labios rojos, su pelo envuelto por esa luz dorada. Sus labios rojos en el núcleo incierto de la mañana. Su sonrisita. Su sonrisita reflejada en la lluvia. Era como si de pronto todos los rayos del sol se hubieran puesto de acuerdo para concentrarse al mismo tiempo sobre sus ojos cerrados, sobre sus teticas sobrenaturales. Adriana Mariposa dormía en una banca del parque y todos los ruidos de aquella mañana se le estaban metiendo poco a poco por sus poros, por sus manos. El Lince y yo fumábamos un cigarrillo. El Lince sobaba la cabecita dormida de Adriana y yo le acariciaba sus tobillos des- tapados y definitivamente no había nada más que hacer sino fumar, hablar, mirar los árboles, dejar escapar el humo azul que se iba por entre las ramas y observar pasar la mañana azul sobre nuestras cabezas. Cuando vi la luz del sol estallando sobre el cabello de Adriana Mariposa metí mi mano en su cabellito y me deje arrastrar por ese olor a lluvia antigua que

emanaba Adriana Mariposa allí dormida en esa solitaria banca de parque un viernes en la mañana, cuando el whisky se había extinguido, cuando el sol recorría lentamente los techos y los perros salían a mear a los árboles cercanos, cuando no había nada que hacer, cuando al fin y al cabo era viernes y no éramos más que tres livianos delincuentes, tres prófugos del amanecer que teníamos ganas de un café caliente y de que alguien nos sobara la cabeza mientras nos decía al oído que tranquilos, que nos quería a pesar de ser viernes. Pero estábamos lejos de casa, lejos del olor del café y teníamos cerca ese olor a sangre que tienen los días cuando uno amanece en un parque rodeado por muchos árboles que te observan en silencio mientras te fumas un cigarrillo y solamente quieres dormir y soñar con venados amarillos que corren suavemente sobre una pradera verde en una tarde de sol.

El Lince me preguntó cómo me llamaba y le dije que era mejor no saber los nombres, que no era necesario. Solamente le dije que estuve a punto de llamarme Jairzinho. El Lince se cagó de la risa. Entonces miré hacia la larga fila de árboles y me pareció que esos árboles eran como mis hermanos menores, que siempre habían estado allí en la noche, en el día, hermanitos fieles y verdes que nunca me preguntaban el nombre o cosas por el estilo.

El año, 1968. Tenía seis años y mis padres no me habían bautizado. Habían ensayado varios nombres, ya saben, Carlos, por el presidente Carlos Lleras, Alberto por el otro presidente del Frente Nacional. Creo que también ensayaron Pablo, por el papa Pablo Sexto, que vino en el 68. Tía solterona dijo que tenían que llevarme a ver al Papa y claro papá dijo que sí y una mañana de domingo me vistieron todo pipiolo, saquito negro de paño, corbatín y gomina en el pelo. Me tomaron una foto al frente de la iglesia. Hacía sol y la gomina me ardía.

Fuimos al paso a nivel y papá me montó en sus hombros. Era una mañana de sol. Un domingo. Las banderitas. Las chocolatinas. La mañana. La gomina. Mamá me echó la bendición, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Papa pasó cerca de nosotros. Era un señor demasiado triste. Tenía ojeras como si no hubiera dormido en años. Iba regando bendiciones aquí y allá en silencio y yo le dije a papá que no quería llamarme como ese señor porque yo me lo imaginaba como el rey de las papas. Ya saben, en ese tiempo todo el mundo hablaba de la venida del Papa y yo me lo imaginaba como una gran papa criolla que repartía bendiciones y cuando el Papa pasó cerca de nosotros yo le dije a papá que yo no quería llamarme como ese señor que iba vestido como una señora triste y papá y tía solterona me zamparon severos coscorriones y yo me puse a lloriquear y en ese momento deseé estar frente al televisor viendo al hombre mono, a Tarzán salvando a Jane y le grité a tía solterona que Tarzán me parecía más divertido que ese señor que hacía signos extraños con sus manos en el aire de aquella mañana de domingo. Ese domingo pasó el Papa y el papá después se puso a escuchar la homilía por radio que daba el Papa desde el Templete.

Yo le pregunté a papá que cuándo íbamos a hacer arcos y flechas en la Nacional y papá me dijo que no le jodiera la vida. En todo caso, hubiera preferido que papá me llevara a la Nacional a hacer arcos y flechas para jugar a la tribu sioux.

Pasaron los días y yo seguía sin nombre. Después vino la llegada del hombre a la luna. Mierda. Yo no me imaginaba llamarme Neil Armstrong. Papá compró un telescopio para ver la luna. Esa noche, 20 de julio de 1969, le pregunté a papá si Tarzán estaba en la luna y papá me contestó que me callara, que los gringos eran unos verracos, que era un momento histórico y yo seguí pensando en que era mejor jugar a la tribu

sioux en los prados de la Nacional, que era más divertido comer chocolatinas mientras lanzaba una flecha hacia el cielo azul que olía a chocolatina.

Y llegó 1970. Los Beatles estaban que se separaban. Papá me llevó una tarde de sábado a ver *Let it be*. Me acuerdo de *Get back* cantada en una terraza, me acuerdo del pelo de los Beatles desordenado por el viento frío de Londres, de ese olor triste que se apoderó del teatro cuando Lennon dijo *the game is over* y aparecieron los créditos *the game is over* y salimos a esas calles de Sears y eran las cinco de la tarde *the game is over* y me dieron ganas de una chocolatina, ganas de ser una bicicleta para no sentir esas puticas ganas de llorar *the game is over* y después papá y yo seguimos gastando aquella tarde de sábado por las calles y a nuestro lado pasaban los carabineros en sus caballos canadienses y la calle olía a triste, olía a mierda de caballo, olía a azúcar rosada y yo le dije a papá que me comprara una manzana almidonada *the game is over the game is over* y esa tarde de sábado se llenó de azúcar, pero seguía sintiendo un vacío en la boca del estómago como si una mano invisible hubiera metido sus dedos por mi garganta y hubiera sacado los ácidos estomacales y los hubiera regado en las nubes, en el cielo, en los árboles *the game is over is over over over*. Creo que ese día descubrí que la tarde de los sábados olía a rebote en el estómago.

Abril de 1970. Un domingo. Sol. Papá se vistió. Tarzán había matado a un cocodrilo y papá me dijo que lo acompañara a votar por Misael. Por todas partes había afiches de Misael. Tía solterona dijo que Misael era un nombre raro y que seguro iba a ser el próximo presidente, que Rojas Pinilla había traído la televisión, que gracias a él yo podía ver *Animalandia* y repetir como los loritos a mi gelada o nada, a ver otra vez, a mí Gelada o nada y también ver a Tarzán pero que Rojas y la Nena eran

bastante jodidos y mejor que no resultara presidente y papá agregó que ni por el putas un hijo suyo iba a llevar de nombre el de un político conservador, aunque iba a votar por él porque era el candidato del Frente. Tardes grises. Tardes grises. Dolor en la boca del estómago. Papá votó por Misael y ese día mamá preparó arroz con pollo. Tarde gris. Arroz con pollo. En la tarde, ANAPO iba ganado y papá encendió un cigarrillo y llamó a un amigo y dijo que la vaina estaba jodida y yo pensé que aquello era un trabajo para Tarzán, que yo podría salir al parque y llamar a Tarzán y él lo resolvería degollando al sujeto con su cuchillo. Cállese chino cagón, dijo papá, la vaina está jodida. Salimos con papá a las calles. Por todos lados pe-emes. Pe-emes. Pe-emes. Tarde gris. Me dieron ganas de una chocolatina y también ganas de jugar al totogol. Los pe-emes pasaban a nuestro lado en cámara lenta. En verdad todo ese día pasó en cámara lenta. Los carabineros iban y venían y los pe-emes caminaban con sus fusiles y requisaban. A las seis de la tarde estábamos en casa y la radio se silenció y después apareció el viejito, Carlos Lleras, y se puso a hablar al reloj y me pareció como un lorito antiguo que repetía allá en la pantalla del televisor a mí Gelada o nada, a mi gelada o nada, a mi gelada o nada, a mi cagada o nada, a mi cagada o nada. Después papá me mandó dormir. Al otro día Misael era presidente y las calles estaban llenas de pe-emes y yo tenía ganas de jugar a la tribu sioux. 1970. Tarde gris. Dolor de estómago. Desde ese día me empecé a sentir triste. Ya no se podía jugar a los sioux con tanto pe-eme en la calle. Todo olía a pe-eme. Pe-eme aquí, pe-eme allá. Me sentí por primera vez en un país extraño, un país que tenía un presidente que se llamaba Misael, un país donde un mandatario hablaba como un loro y le ordenaba a todo el mundo que hiciera pipí y se pusiera la pijama y se fuera a dormir, un país algo mediocre, un país lleno de papeletas

electorales, lleno de pe-emes, lleno de perros policía, un país que olía a fritanga, un país donde ya no era posible jugar a la tribu sioux tranquilamente en una mañana de domingo y después comer chocolatinas cerca de los urapanes, un país donde sonaba extraño que un perro se llamara Laika o Trosky o Sultán, un país donde era más importante Misael que Pelé. Un país sin definición, parecido a esas muchachas que apenas llegan a la regla.

Unos meses más tarde, papá me compró el álbum del Mundial de Fútbol. Papá me llamaba «mijo». Yo hubiera preferido que me llamara Viento porque realmente era como un pequeño viento que me colaba por todas partes. 1970. En la tienda compramos el álbum. Papá me gastó un boli de uva y lo chupé en la entrada de la tienda sin afán. Papá también compró un paquete de monas. Papá iba por Brasil. Creo que me salió Rivelino. Papá me miró y me dijo que Rivelino podría ser un nombre divertido. Pura mierda. Era un nombre horrible.

Un domingo. Sí. Un domingo. Un domingo en la tarde. Jugaba Brasil contra Italia. Papá tenía una cerveza en la mano. Pelé movía el balón de aquí para allá y fue esa tarde que realmente me empecé a sentir en ninguna parte. La cámara hizo una toma al público y en la pantalla apareció una mujer de gafas negras saludando a la televisión y yo le respondí el saludo y la mujer luego envió un beso con su mano y mierda, fue el primer beso que me dieron en la vida. Ese beso de aquella mujercita de gafas negras me llegó hasta mi rostro porque sentí un airecito, un mareíto cerca de las mejillas. Ese beso viajó muchos kilómetros, era un beso para mí, para un niño que le gustaba Brasil, el boli de uva y que no tenía nombre. Y puta vida. Papá dijo que de esa tarde no pasaba el nombre del chino y yo miré la ventana hacia afuera y afuera no

había nadie. Todo el mundo estaba viendo a Brasil, pero de lo que estaba seguro era de que el beso de esa mujer solamente lo había visto yo. En ese momento, tres y pico de la tarde de un domingo de 1970 deseé estar al lado de esa mujer de gafas negras para que ella me bautizara con un beso, pero papá ya estaba hablando de que de aquel partido no pasaba y mamá se preocupó y le preguntó a papá por la alineación y papá le dijo que en el arco estaba Gilmar, y que en el medio campo estaba Paulo César y en la delantera Carlos Alberto y Pelé, pero que definitivamente Jairzinho era el que más lo tramaba y entonces Brasil avanzó con todo, atención con la punta derecha se inicia la tocata carioca, atención señores televidentes esto es la locura, señores televidentes Dios es brasilero, el esférico es tocado endemoniadamente por Paulo César que pasa uno, pasa dos, pasa tres Dios mío, esto es una sinfonía Dios mío, Beethoven es brasilero, atención Pelé recibe el balón, dribla a la derecha hace una finta con la cintura, señores esto es de paro cardíaco, saca uno saca dos entra a la zona de candela y se la pasa a Rivelino, atención señores televidentes, yo me voy a cambiar de nacionalidad que me pongan samba, Rivelino recibe la bola atención es derribado cerca del área. Y mierda. Rivelino al piso. Tiro libre. Italia formó la barrera. Papá dijo que ese tiro lo debería cobrar Rivelino. La cámara enfocó a Rivelino. Rivelino se acomodó la pantaloneta y se cogió el bigote. Papá le dijo a mamá que si Rivelino metía el gol, el chico se llamaría Rivelino y yo miré de nuevo hacia afuera, hacia afuera, hacia afuera, hacia afuera, miré el cielo azul de aquel domingo y deseé que la mujer de gafas negras me enviara otro beso invisible a través de las nubes, a través de la tristeza en la boca del estómago. Italia formó la barrera. Una jugada laboratorio. Papá tomó un trago de su cerveza. Carlos Alberto pasó por encima de la bola y Pelé hizo un taquito hacia atrás.